

# Rupturas en la cultura política en 1968 (comentario a la conferencia de Gabriel Careaga)

JOSÉ BLANCO

**G**abriel Careaga nos ha presentado un panorama abigarrado y diverso acerca de los principales cambios en la cultura general del país en la posguerra y, en diversos momentos, los ha vinculado con situaciones y coyunturas particulares del acontecer político mexicano.

Ha llamado la atención, especialmente, sobre algunos cambios culturales que remataron en aquellos intensos sucesos —aun no cabalmente explicados— del olímpico año 68.

Digo que no cabalmente explicados porque, a lo que ya ha puesto sobre la mesa Gabriel Careaga, añadiría yo otros cambios *macro*, de orden directamente económico y político que, contribuyendo también a explicar los acontecimientos de aquel año, según mi parecer son, todos ellos reunidos aun insuficientes para dar cuenta completa del origen o de las causas eficientes que produjeron aquellos sucesos.

Respecto a los cambios en la esfera económica y política, resumiría diciendo que ha de tomarse en cuenta, en primer lugar, los que pueden señalarse como los éxitos económicos de la Revolución Mexicana. Entre 1940 y los años finales de la década de los sesentas, en tan sólo esos muy pocos años, realmente las transformaciones económicas y sociales fueron muchas: se pasa de ser una sociedad predominantemente rural a otra predominantemente urbana; la esperanza media de vida de los mexicanos aumenta más de 20 años; en ese corto lapso el país monta un significativo sector industrial; el analfabetismo se abate de manera considerable; las condiciones generales de mortalidad y morbilidad mejoran notoriamente; el número de quienes alcanzan la posibilidad y la oportunidad de acceder a la educación superior venía observando un ritmo muy rápido de ascenso; en particular, la UNAM pasa de menos de quince

---

---

mil alumnos a cerca de cien mil en 1968. Derivado o asociado al acelerado proceso de industrialización y de urbanización, ocurre, durante ese lapso, un muy acelerado crecimiento del número de obreros asalariados, y una ampliación muy sustantiva de las llamadas clases o sectores medios.

Hacia fines de los años sesentas se ha operado, en síntesis, una real transformación de la estructura económica y, con ella, de la estructura de las clases y los grupos sociales del país. No obstante el sistema político seguía siendo básicamente el mismo. Las *reglas del juego* de la esfera política de un Estado semicorporativo no habían variado. Y el significado de esta invarianza básica es más o menos obvio: la esfera política se había convertido en una estrecha camisa de fuerza para la nueva estructura social del país. Había, por eso, hacia fines de los años sesentas —dada la estrechez y la escasez de los canales de participación política—, un claro sentimiento de exclusión política, especialmente sentido por los sectores más ilustrados del país, entre quienes es necesario anotar precisamente a los jóvenes estudiantes universitarios.

Vivíamos un sistema político vertical, autoritario, no democrático al que, no obstante, le había sido posible procesar sus consensos básicos gracias precisamente a los éxitos de la economía y de los índices de bienestar social en mejoría.

Entre otras cosas *el 68* probó que el Estado empezaba a tener grandes dificultades para procesar sus consensos básicos si limitaba ese procesamiento sólo en el interior del propio partido oficial y apoyado en una política económica fundamentalmente exitosa hasta ese momento. Me gustaría proponer, derivándolo de ese señalamiento que uno de los resultados sociopolíticos de la Revolución Mexicana —el Estado semicorporativo— fue construir una esfera política confundida con el partido oficial: es decir, esfera política —lugar del procesamiento de los consensos nacionales en el orden político— y partido oficial eran los mismos.

Conviene subrayar, de otra parte, que los consensos sociales sobre la política económica tienen que ver no sólo con los beneficios reales que experimente la población, sino con las *expectativas* que esos mismos beneficios generan. Vale la aclaración porque los éxitos a que venimos haciendo referencia se daban en un contexto de creciente desigualdad económica y social real.

En mi opinión, el reclamo social y político del movimiento estudiantil —inundando las calles de la ciudad de México, y, en menor medida, de otras ciudades del país—, resultaba de la falta de canales para la participación de una sociedad que se había vuelto más compleja, más educada, que reclamaba tal participación de manera creciente, y que estaba en gran medida excluida de la esfera política existente, conformada por esa cambiante coalición de fuerzas políticas nacionales agrupadas en el partido oficial. La estrecha camisa de fuerza que era el sistema político, fue *sitiada*, por algunos meses, a la manera de los movimientos estudiantiles, desde fuera de ella misma y, así, el corporativismo fue puesto en cuestión.

Las importantes transformaciones en el orden económico y en la estructura de la sociedad, mediadas por los cambios en el orden cultural a los que se ha referido Gabriel Careaga, desembocaron en esa vasta protesta, en ese gigantesco desahogo, en esa *sui generis* catarsis, en ese grito de libertad frente a la camisa de fuerza, que fue *el 68*.

Pero, decía al principio de esta charla, todo esto me parece insuficiente para dar cuenta de aquellos ahora célebres sucesos.

¿Por qué? Porque como todos recordarán se trató de un fenómeno que tuvo alcance internacional: en muchos países, en Francia más que un ninguno otro, tuvieron lugar acontecimientos análogos. En Alemania, en Estados Unidos, en Inglaterra, en algunos países del norte de Europa, limitadamente en Canadá, en el Cono Sur, los estudiantes ocuparon las calles y organizaron magnas protestas frente a diversas formas organizativas de sus respectivas sociedades.

Ello parece significar que la influencia de algunas transformaciones de orden cultural que se habían vuelto internacionales y que buscaban abrirse paso hacia formas más libres, menos rígidas, también tuvieron sus efectos en los cambios que se operaban en los sectores más ilustrados de los sectores medios urbanos de México. Lo mismo el *rock* que los *jeans*, que las actitudes de los *rebeldes sin causa*, tan popularizados por James Dean, Elvis Presley o Los Beatles, hicieron su propia labor. Nadie —nacido de mediados de los cincuentas hacia atrás—, puede olvidar, por ejemplo, la ridícula censura en el cine y en el teatro que prevaleció hasta ya bien entrados los años setentas.

Pero quizá el mayor símbolo de la censura, de la autocensura, y

---

---

del verticalismo autoritario de la cultura política mexicana, sea ese carácter intocable, casi sagrado, del presidente de la República, en aquellos años. El presidente —la figura presidencial— era mucho más que el temidísimo y archirrespetadísimo papá de todos los mexicanos. El presidente dispensaba favores y aplicaba castigos, como asunto absolutamente natural, y la prensa sólo podía referirse a Él con mayúscula para alabarlo y santificarlo. Árbitro de última instancia de todos los conflictos del país, el presidente era tenido por infalible, todopoderoso, bienhechor, defensor y depositario de todas las verdades y de todas las justicias. A su paso era menester arrojarse y realizar respetuosísimas genuflexiones. El ungido no toleraba más trato que el de incuestionable. El presidente era la gracia y la razón por antonomasia.

Pero precisamente por ello mismo, quizá el mayor símbolo del comienzo de la ruptura de los componentes más antidemocráticos y autoritarios de la cultura política mexicana sea ese momento en que un estudiante, durante una de las muchas marchas que tuvieron lugar en 1968, comenzó a gritar a todo pulmón, inmediatamente secundado por miles y miles de sus compañeros: *¡chingue a su madre Díaz Ordaz! ¡chingue a su madre Díaz Ordaz!...*

Después seguramente de un tortuoso procesamiento en la conciencia colectiva de los jóvenes estudiantes, se abrió paso una resolución que cobró forma en ese grito bizarro: el “sacrilegio” se consumaba, ante las escandalizadas conciencias de los numerosos sacerdotes del presidente. A mucha gente le era imposible creer que se profirieran tales *injurias*. Por supuesto todo mundo hubo de enterarse a través de los muchos que lo oyeron en las calles de la ciudad, porque los periódicos estaban autoimpedidos de plasmar palabras tan altisonantes en las páginas mil veces mentirosas e hipócritas de los diarios de aquellos años.

A un tiempo se libera así el lenguaje, se pierde el miedo a las palabras y, para una franja —ciertamente minoritaria de la sociedad mexicana—, se rompe simbólicamente la figura presidencial como dios del Olimpo.

Respecto al libre uso del lenguaje, fueron las mujeres quienes en unos cuantos meses alcanzaron enormes e insospechadas ganancias: en un breve lapso se apropiaron de los mismos vocablos y expresiones que estaban permitiéndose usar con toda libertad los

varones. ¡No hemos vuelto a vivir, desde entonces, una época de cambios tan vertiginosos, en la conciencia, en las costumbres, en el lenguaje, como en aquellos meses intensos del 68!

No fue, no con mucho, sólo el lenguaje lo que pudieron apropiarse con libertad los jóvenes estudiantes, fue también una gran variedad de usos, costumbres, actitudes. Cada uno podía vestir o usar el pelo o la barba como le viniera en gana. Y esto, que puede parecer una mera bobada para los jóvenes estudiantes de hoy, no lo podía ser a mediados de los años sesentas. Gracias a esas rupturas puede ser, afortunadamente, una mera bobada hoy.

No puede haber ninguna duda acerca de la importancia de las rupturas de tal carácter, como momentos inauguradores de procesos que conformaron nuevas actitudes y nuevas formas de la conciencia social y de la cultura política, a partir de las cuales fue posible pensar en una no aceptación del autoritarismo.

Pero me apresuro a agregar que, si bien son símbolos así los que sintetizan la ruptura de las posiciones autoritarias, esos mismos símbolos no lo son de una actitud y una disposición democráticas, necesariamente. Quiero decir que un movimiento social juvenil, en un marco históricamente autoritario, que tenga expresiones como las que he referido, es explicable, necesario, y hasta admirable. No lo es, en cambio, por supuesto, en un marco político que busque la democracia. La democracia es un modo de ponerse de acuerdo entre personas que piensan distinto —y que precisamente por eso requieren de un método para acordar y convivir—. *Ponerse de acuerdo* supone, en primer lugar, la aceptación del otro —que por definición es distinto— y la tolerancia. Así, todo lo que podemos celebrar aquel grito aguerrido, hemos ahora de reprobalo en los usos de la política.

Querría terminar esta intervención planteando la necesaria relación entre la cultura de la política y la práctica de la misma. No hay política, en el sentido estricto del término, donde hay autoritarismo. Y esto porque me gustaría asociar a la política genuina, la democracia. Política y democracia, insistamos, suponen actitudes de tolerancia y estas actitudes son parte importante de la cultura política. Nuevas actitudes, fundamentalmente antiautoritarias, generó *el 68*; pero éstas, de suyo, decía, no son por sí mismas posiciones políticas o posiciones democráticas. Falta explorar todo esto con suficiencia. Y falta también saber qué parte de la sociedad, de qué tamaño es

---

la franja de la sociedad, donde se han operado ya transformaciones reales y profundas en las actitudes autoritarias, y en qué parte, además, se han desarrollado genuinas posiciones democráticas.